

un papel esencial: «Ser, más, ¡estar!» reza uno de sus más reveladores versos, que muestran una indudable filiación orteguiana. El poeta cantaba la realidad de la vida y rechazaba toda ensoñación utópica, toda huida a irreales paraísos. Porque, según Guillén, «la realidad siempre propone un sueño». O sea: la vida es, siempre, más rica que cualquier ficción humana. Además, Guillén es el poeta español que yo llamaría más valiente, el que se enfrenta con la muerte, con la realidad de la muerte, con una actitud enteramente nueva en la literatura española. Ortega ya había dicho, casi humorísticamente, que la vida eterna sería insoportable e incluso había, indirectamente, disminuido a la muerte, al exclamar, como privilegio del hombre, su temporalidad: «¡Delicia de lo fugaz!». Pero no había tomado al toro por los cuernos (si me permiten la expresión), como lo hace Guillén, en su poema «Muerte a lo lejos». Los versos finales muestran la consecuencia de la nueva fe del poeta en la realidad de la vida humana: «...y un día entre los más tristes será. Tenderse deberá la mano/ sin afán. Y acatando el inminente/ poder, dirá con lágrimas: embiste,/ justa fatalidad. El muro cano/ va a imponerme su ley, no su accidente» (señalemos, de paso, que años más tarde, Guillén hará una variación muy reveladora, al escribir «sin lágrimas» en vez de «con lágrimas»). El poeta castellano tenía seguramente muy presente las famosas coplas de Jorge Manrique, y cómo su padre aceptaba la muerte con «voluntad placentera»: sabiendo, por supuesto, el caballero del siglo XV que la muerte era la entrada en una eternidad celestial. Guillén, en cambio, elimina toda perspectiva ultraterrena, y predica una actitud de serenidad —aunque «con lágrimas» en la versión primera de 1936— ante la muerte, que responde a su aceptación plena de la realidad de la vida como privilegio entero del ser humano. Puede, así, hablarse de la poesía de Guillén como ejemplo de lo que escribía Unamuno cuando decía, «la poesía *pensada* es la que queda». Esto es, Jorge Guillén es, quizás, el caso más claro de la relación entre poesía y pensamiento en el siglo XX español.

No puede decirse, sin embargo, que la generalidad de los poetas nuevos del grupo mal llamado «del 27» —o sea, los más jóvenes pertenecientes a la que propongo llamar, en cambio, «generación de 1931»— tuvieran la misma «filosofía» de Jorge Guillén, como tampoco hay en ellos una actitud análoga a la del «racionalismo» vital de Ortega. Es más: en el aludido grupo más joven del 27 —en García Lorca, en Aleixandre y Alberti— predominó lo que podría llamarse «irracionalismo», a la vez que hay también en ellos un sentimiento de «alienación» muy semejante al de poetas de otros países e idiomas de su propia generación europea. De hecho, quizá no haya habido en toda la historia de la literatura española un comienzo de un grupo de poetas tan en sincronía con la lírica transpirenaica. Un eminente

estudioso portugués de la cultura española —Fidelino de Figueiredo— habló del ritmo de la historia literaria española, como «un paralelismo asincrónico». Dicho paralelismo es, excepcionalmente y plenamente, «sincrónico» en el caso de la generación de García Lorca y Alberti, la de 1931. El libro de Alberti *Sobre los ángeles* —y el de García Lorca *Poeta en Nueva York*— son ejemplos perfectos de entera sincronía con la literatura de vanguardia universal de la década 1926-1936. Podrían citarse, por supuesto, muchas más obras análogas de otros escritores, por su paralelismo sincrónico con la Europa transpirenaica: recordemos sólo algo muy conocido, la incorporación de artistas como Luis Buñuel y Salvador Dalí al ámbito vanguardista de París, sin dificultad alguna. Sin olvidar que un escritor de la generación de Ortega, Ramón Gómez de la Serna, había sido el primer escritor español plenamente integrado en la vida literaria de París. En verdad, con la década 1926-1936 podría decirse que habían desaparecido los Pirineos de la cultura española.

Había, sin embargo, en los poetas antes mencionados —García Lorca y Alberti, entre otros— un rasgo muy singularmente español, que no se encuentra en sus equivalentes transpirenaicos de la poesía *alienada* (para decirlo así). O puesto en otros términos: los poetas españoles no estaban tan sustancialmente *alienados* como otros europeos, porque se sentían hondamente arraigados en un dominio expresivo muy antiguo de su comunidad nacional, el *Romancero* y toda la poesía de tipo tradicional. Ese arraigo se debía no sólo a su condición de andaluces, sino también a los trabajos de un gran maestro, muy representativo también de la época 1898-1936: don Ramón Menéndez Pidal. Recordemos que, sobre todo, desde 1910, don Ramón había sido un paradigma para muchos centenares de jóvenes españoles universitarios. Fue en 1910 cuando se fundó el ya legendario Centro de Estudios Históricos, dirigido por don Ramón hasta 1936, muy centrado en la recuperación del legado literario español, desde los orígenes de la lengua castellana. El clima laborioso de aquel Centro contribuyó considerablemente al clima intelectual de 1914-1936. El mismo Unamuno, que había incurrido en 1909, en la ira sarcástica del principal colaborador de don Ramón, mi maestro Américo Castro, no dejó de elogiar en 1912, lo que significaba el Centro de Estudios Históricos: «La España nueva, la España renaciente, reconfortada con las brisas de Europa, es la España del trabajo metódico, serio, abnegado y positivo». Para nuestros propósitos, ahora, lo que importa realzar es el papel de Menéndez Pidal y sus colaboradores en la recuperación del tesoro milenario de las letras españolas, y sus efectos en la literatura nueva, en la segunda «Edad de Oro» española. García Lorca se refirió, como ya citamos, a don Miguel de Unamuno llamándole «el gran padre Unamuno». Y podrá decirse que don Ramón Menéndez Pidal

fue quizá, más aún que Unamuno, un «gran padre» de la literatura española de la época 1898-1936. Una anécdota que el mismo don Ramón relata es muy significativa de lo que apuntamos. Fue don Ramón a Granada y sus proximidades, a recoger romances, y pidió un colaborador local. Se le indicó al joven García Lorca y los dos visitaron juntos los lugares donde podía sospecharse que existían romances en la tradición oral. Pocos años más tarde, tras la publicación del *Romancero gitano*, al referirse a su eficaz colaborador granadino, no pudo dejar de lamentar que el novel romancista poeta no se hubiera esforzado por seguir los temas más tradicionales del *Romancero viejo*. Algo que había hecho, en otro terreno, Pedro Salinas —colaborador de don Ramón, en el Centro de Estudios Históricos— al publicar su admirable versión moderna del *Poema del Cid*. Hecho que en sí mismo es muy revelador de la importancia del grupo de eruditos que trabajaban con don Ramón, y aunque entre algunos de ellos no había mucha simpatía por la nueva literatura, representaron, indirectamente, con sus ediciones de textos antiguos, una fuente de apoyo para los nuevos creadores. Me aventuro por eso a afirmar que esto fue muy singularmente representativo de la España de 1926-1936, sin parangón en el resto de Europa. En Francia, por ejemplo, los investigadores equivalentes al grupo de don Ramón, no tuvieron influencia alguna sobre la literatura nueva de su tiempo. Es más, en Francia los centros universitarios y los círculos literarios eran ámbitos totalmente ajenos por no decir opuestos. En la España de 1926-1936 —y particularmente en la España del lustro republicano 1931-1936— la universidad y la poesía (amén de otras formas de expresión literaria) convivieron fecundamente.

Y justamente podría afirmarse que la segunda «Edad de Oro» de las letras hispánicas, 1898-1936, fue posible gracias a la creciente modernización de la universidad española, y en particular de las facultades de filosofía y letras. Recordemos, a este propósito, que fue precisamente en 1926, cuando una comisión especial de la Fundación Rockefeller de Nueva York visitó España para considerar los medios y modos de ayudar al género de trabajo investigador realizado por don Ramón Menéndez Pidal y sus colaboradores. Y al estar en Madrid dicha comisión —como recordó el eminente físico don Nicolás Cabrera en una breve biografía de su padre, don Blas Cabrera (un destacado científico perteneciente a la generación de Ortega)— «descubrió» la importancia de los trabajos de los científicos españoles, y de ahí surgió el generoso apoyo al llamado Instituto Rockefeller que tanto renombre dio a la España de 1931-1936. Volviendo a lo antes señalado sobre la relación entre universidad y poesía, recordemos que la década 1926-1936 fue precisamente la de los llamados poetas-profesores, una singularidad española también muy excepcional en la literatura coetánea de otros paí-

ses. Tal designación —seguramente inventada malignamente por Juan Ramón Jiménez para disminuir el grado de inspiración de los que él llamaba también «poetas voluntarios»— fue muy acertada, ya que mostraba la relación que hemos recordado: de 1926 a 1936 son muy frecuentes los poetas-profesores y, como todos sabemos, ese linaje se ha extendido hasta nuestros mismos días. Uno de ellos —el más modesto, profesoralmente hablando— se reveló justamente, en el lustro republicano 1931-1936, como el más original de los poetas-profesores: me refiero, por supuesto, a don Antonio Machado y su libro de 1936, *Juan de Mairena*, que lleva el muy revelador subtítulo «sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo». El gran escritor francés Albert Camus —que tanto admiró la literatura española— dijo que «un día Europa descubrirá al *Mairena* de Machado». Desgraciadamente Camus no fue profeta, pues todavía, fuera de España, está el *Juan de Mairena* por descubrir (señalaré de paso que la traducción inglesa hecha por un poeta-profesor norteamericano ha tenido notable difusión en los Estados Unidos). Conjeturo que la admiración de Camus se fundaba en el carácter tan siglo XX —y a la vez tan tradicional español— del libro de Machado. Es más, no me parece arbitrario sostener que el *Juan de Mairena* es el libro más representativo del clima intelectual (en un amplio sentido) de la década 1926-1936. Porque en las páginas de Machado confluyen las variadas manifestaciones del espíritu creador español de esos espléndidos diez años, con un estilo enteramente nuevo en las letras hispánicas (aunque haya un muy relativo precedente, el *Glosario* de Eugenio d'Ors). No vamos, por supuesto, a comentar ahora la obra de Machado, pero sí quisiera citar un párrafo que condensa sus principios:

Pero nosotros nos inclinamos más bien a creer en la dignidad del hombre y a pensar que es lo más noble en él, el más íntimo resorte de su conducta. Porque esta misma desconfianza de su propio destino y esta incertidumbre de su pensamiento, de que carecen acaso otros animales, van en el hombre, unidas a una voluntad de vivir, que no es un deseo de perseverar en su propio ser, sino más bien de mejorarlo. El hombre es el único animal que quiere salvarse, sin confiar para ello en el curso de la Naturaleza. Todas las potencias de su espíritu tienden a ello, se enderezan a este fin.

Añadiendo Machado: «El hombre quiere ser otro; he aquí lo específicamente humano».

Recogía así, magistralmente, Antonio Machado el impulso intelectual y moral que había animado a las tres generaciones españolas de 1898, 1914 y 1931, que habían conseguido, en verdad, la incorporación de España a la cultura universal, como había indicado Ortega en 1922. España —espiritualmente hablando— ya era otra, antes del cambio de régimen de 1931: pero, sin duda, los cinco años 1931-1936 hicieron de la convivencia creadora de tres generaciones excepcionales la culminación de la segunda

«Edad de Oro» de las letras españolas, dentro de un clima político propicio, cuyos efectos no se pueden desdeñar al recordar la plenitud cultural de aquellos años españoles, que muchos que los vivieron recuerdan como la «arboleda perdida», (para decirlo con los afortunados términos de Alberti) de su mocedad. Es más: la década 1926-1936 representó en la historia intelectual y literaria de España un legado del cual aún quedan por aprovechar muchas de sus creaciones. Pero, sobre todo, que ahí están aquellos años —y en particular el lustro 1931-1936— como una realidad histórica permanente.

Uno de los conceptos más universalmente valiosos del pensamiento de mi maestro Américo Castro, en sus largos años de exilio y de meditación sobre la historia española, fue el concepto de lo que él llamaba *lo historiable*. Que podría resumirse así: lo historiable, es lo merecedor de ser recordado por una colectividad humana, es lo que todavía subsiste en su vida, como una constante incitación, a adelantar en el proceso de humanización de la vida humana. Así propondría a la consideración de ustedes que la espléndida década 1926-1936 dejó un legado muy historiable, la firme voluntad de hacer adelantar la civilización humanitaria en España. Voluntad que pervive en aquellos libros, que es, por lo tanto, una renovada incitación a proseguir la historia y la cultura de este país. Puedo asegurar que muchos miles de españoles que hubieron de abandonar su tierra natal tuvieron el consuelo constante de considerarse poseedores de un legado literario de significación transnacional, el de los grandes escritores de la época 1898-1936. Un escritor ruso, Vladimir Korolenko (1853-1921), decía que su auténtica patria había sido, más que la misma tierra de su país, la literatura rusa. Y para muchos españoles exiliados después de 1939, ese sentimiento de Korolenko fue un apoyo constante en años siniestros de la historia mundial: pero ese apoyo fue posible sentirlo porque la literatura española de 1898-1936 era —es— una de las mayores de la Europa contemporánea. Y no me parece ocioso reiterar, ahora, que un exilio colectivo, como el de 1939, es una reveladora piedra de toque sobre el valor verdadero de una literatura y de una cultura: y no es una arbitrariedad decir que la piedra de toque del exilio reveló que el «oro» de la época 1898-1936, y muy singularmente de la década 1926-1936, era oro verdadero.

Juan Marichal



García Lorca en una
emisora de radio, en
Buenos Aires, 1933